



NOCIONES DE ARQUITECTURA

AL ALCANCE DE TODOS.

PRIMERA CONFERENCIA.

Principio mi tarea, simpáticos lectores, dando á conocer á grandes rasgos y desde su origen el desenvolvimiento de la *Arquitectura*, cuya *útil ciencia* y *bella arte* á la vez, ha tenido siempre grandísima importancia en la civilizacion de los pueblos.

Pues señor (y no va de cuento); dos niños, Pepito y Manolo, muy estudiosos, sin dejar por esto de ser alegres y juguetones, se encontraron hace dias en mi despacho, y no dejando títere con cabeza, me revolieron los libros, estampas y fotografías, que representaban *vistas* de monumentos, catedrales, palacios, estatuas y pinturas.

Pepito, que tiene aficion á *enterarse de todo*, exclama de pronto: ¡Qué

bonita es esta lámina! ¡Ay, qué palacio, qué estatuas, qué fuente tan linda! ¿Pues y estas columnas que tiene la verja?

Manolo (que es el más retozon) le dice:—¿Qué entiendes tú de esto?... ¡Mira, mira, este *santo* sí que es hermoso!

—¡Já! ¡já! qué ha de ser un *santo* este dibujo, que representa nada ménos que al emperador Trajano sobre una alta columna. ¿Qué distraído eres, Pepito: no ves el letrero que hay al pié de la estampa?

—Vaya, amiguitos míos, no disputeis nunca para saber quien tiene más razon, que esto sólo lo hacen los niños presumidos y camorristas: yo os explicaré con toda la sencillez posible vuestras naturales dudas, y el buen deseo que manifestais por ins-

truiros en estos conocimientos de Arquitectura, luégo cuando *sepais algo* os pueden ser muy útiles para cuando llegueis á ser unos hombres hechos y derechos.

Antes de principiar, ¿habeis estado en alguna de nuestras magníficas catedrales?, ó si no, ¿quién no ha visto álbums fotográficos ó dibujos de la catedral de Toledo, la de Búrgos, de Leon, Sevilla, Barcelona, Zaragoza y tantas otras que compiten en belleza cristiana con las mejores del extranjero? ¿No habeis comprendido ya que tan severos templos son la casa de Dios, muy distinta por cierto de estas casas en que vivimos, con muchas salitas, pasillos estrechos y puertas aglomeradas?

Cuando correis por la plaza de Oriente, y despues el cansancio obliga á sentaros para limpiar el sudor, ¿quién no adivina al momento lo mucho que vale el grandioso Palacio Real de Madrid?

En el paseo del Prado y Recoletos ¿no habeis observado que el Museo de Pinturas no se parece á los palacios de la Castellana, y á esas bonitas casitas rodeadas de jardin, y que se han bautizado en España con el nombre frances de *Hôtel*?

Pues bien, para llegar á construir todo esto y los edificios que están representados en estas láminas que tanto os agradan, se ha necesitado de una persona de *mucho talento é instruccion* para levantar semejantes maravillas.

A ese hombre se le llama *Arquitecto*, y es tan útil en la sociedad su

noble profesion, que sin él viviríamos como los pueblos salvajes, no teniendo *casas* cómodas y elegantes; ni podríamos dar culto á Dios con la solemnidad de nuestra religion católica en sus magníficos templos, ni tampoco habria *escuelas* donde aprender, ni *museos* donde atesorar riquezas del trabajo humano; ni *hospitales* donde aliviar al pobrecito desvalido, ni.... *teatros* donde divertirnos con graciosas y buenas comedias, ni tantos otros edificios indispensables hoy dia en toda civilizacion verdadera.

Considerad, mis queridos niños, *cuán importante es la mision del Arquitecto*, el cual necesita para levantar sus obras, de otros muchos hombres laboriosos, como son los albañiles, canteros, carpinteros, cerrajeros, vidrieros, maestros de obras, delineantes, pintores, escultores, etc., etc. Además, bueno es que sepais que el *Arquitecto* ha de poseer profundos conocimientos en las ciencias matemáticas, en la construccion, en la mecánica y otras ciencias que no digo para no fatigaros, adornando tambien su inteligencia con una gran habilidad y destreza en el dibujo lineal y de figura, *para saber componer con acierto y belleza sus planos y proyectos de arte*.

¿No habeis observado que un general en jefe manda con cierto orden á muchos individuos que hagan evoluciones ó el ejercicio? Pues lo mismo es el *Arquitecto* en su noble carrera; tiene que atender con orden á muchos trabajos (que son los hijos

buenos de la paz y no de la guerra), y además ha de hacerse respetar por su carácter amable, social y enérgico en caso necesario para evitar cuestiones, ó despedir á los trabajadores holgazanes.

Enterados ya de esto, reparad en la adjunta Fig. 1.^a (que así como las sucesivas dibujo sencillamente), para ir enterando mejor de éstas Nociones de *Arquitectura*.

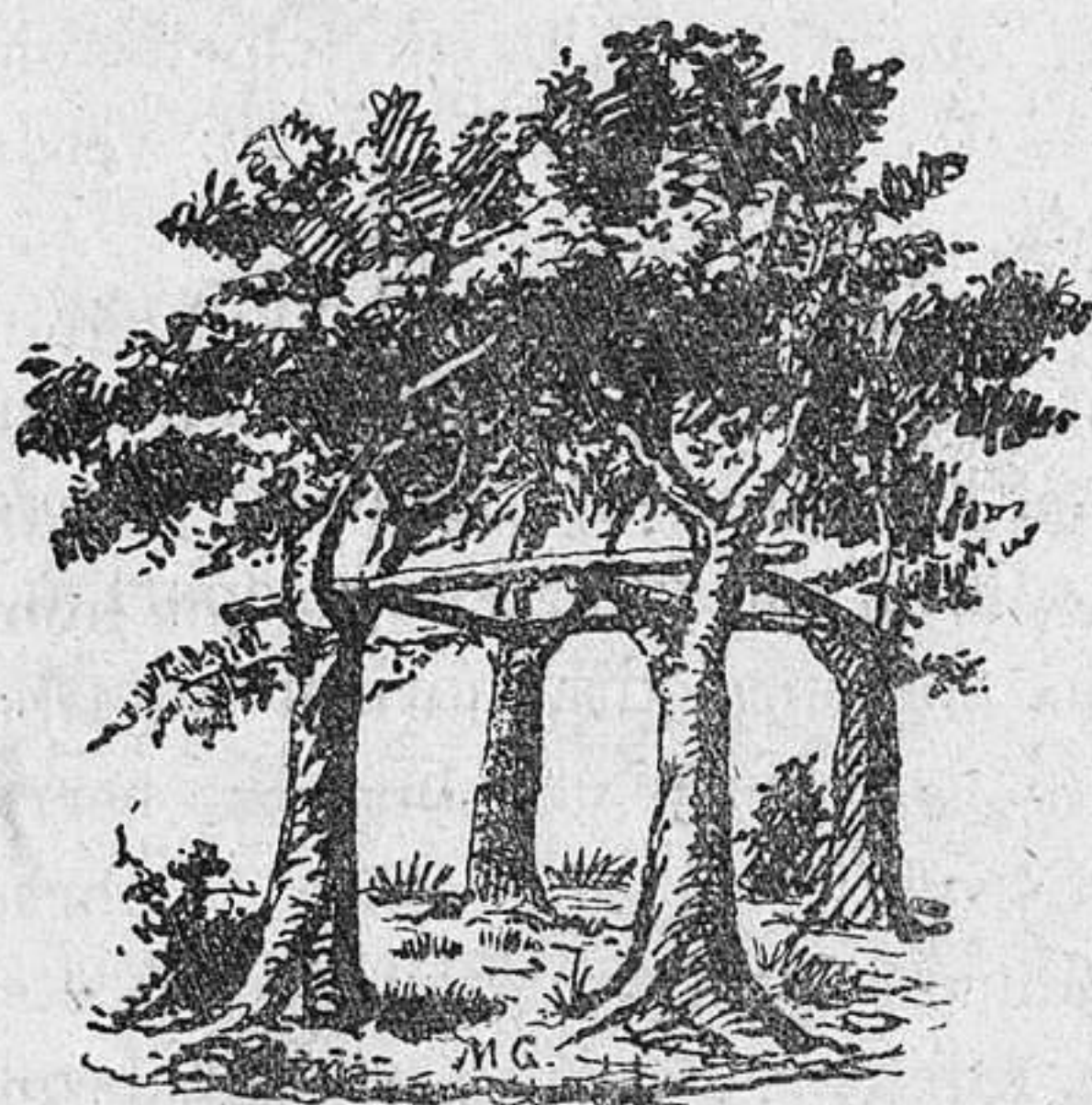


FIG. 1.^a—Albergue primitivo.

Los primeros hombres que poblaron la tierra se encontraban sin albergue para defenderse contra las fieras y las inclemencias de la atmósfera, y así fué que idearon guarecerse en los huecos de robustos troncos de árboles, y con ramas y pedruscos formaron una tosca valla. Después se les ocurrió, como veis en la Fig. 1.^a, formar entre cuatro árboles una especie de albergue, colocando unas ramas ó palos atravesados; finalmente, rodearon los árboles con grandes ramas, formando así las paredes y el follaje el techo. Pa-

saron muchos años, y en la época llamada *prehistórica*, inventaron los hombres herramientas é instrumentos de madera, huesos, piedras, y por último, otras más perfeccionadas en metal de bronce y hierro. La

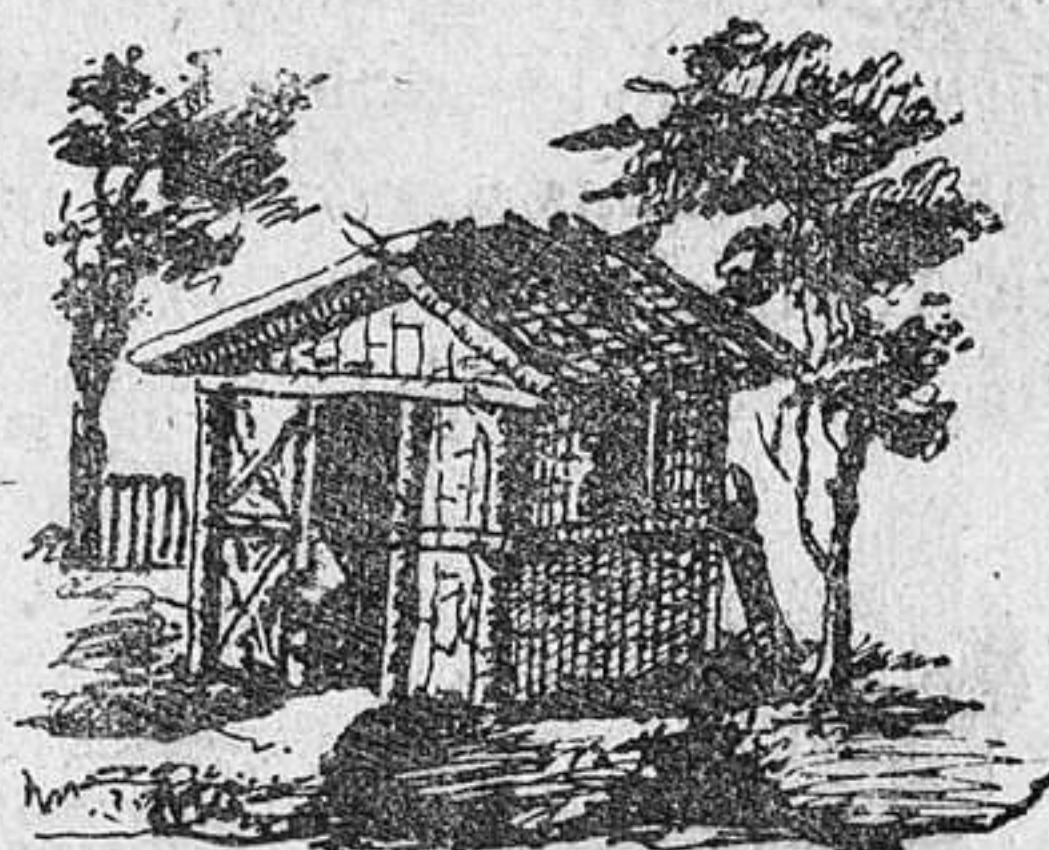


FIG. 2.^a—Cabaña con ramas y corteza de árboles.

Fig. 2.^a representa la casita rústica primitiva, con troncos de árbol y corteza para formar los muros de esta cabaña. Otros palos gruesos é inclinados se sujetaban en la parte superior de la casa, formando el *tejado*, que es la *cubierta*, para verter más fácilmente las aguas.

No contentos los hombres con emplear sólo la madera, recurrieron á

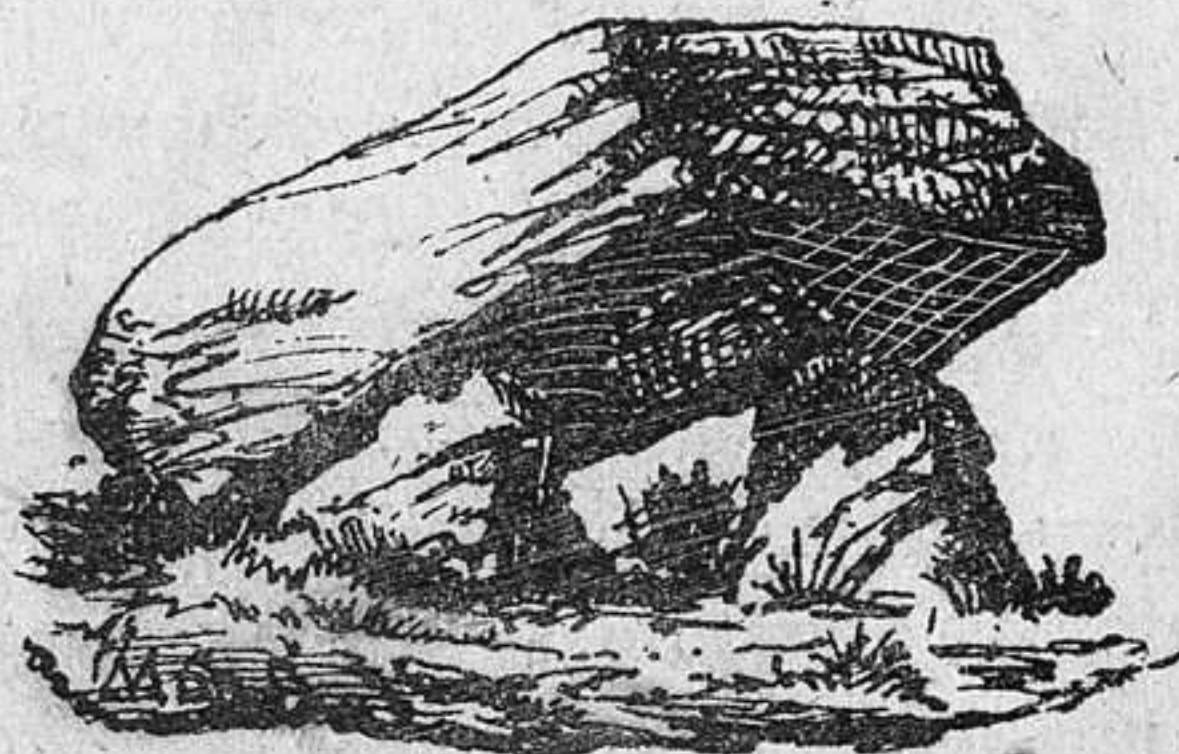


FIG. 3.^a—El dolmen de Hone.

labrar los minerales en grandes *bloques* ó piedras *monolíticas* (es decir,

de una sola pieza) y las apoyaban en la tierra, y otras dos piedras menores, como se ve en la Fig. 3.^a — En la Fig. 4.^a está indicado un enorme peñasco, sostenido por otros varios de menor volúmen. A estos pedruscos se los designa con el nombre de *dolmen*, porque los antiguos pueblos celtas componian su rudimentaria y tosca Arquitectura con el *dolmen* (de *tol* losa, y *men* piedra).



FIG. 4.^a—El dolmen de Keravion.

Otra de las piedras célticas era el *Peulvan* ó *Menhir* (que significa piedra larga). La Fig. 5.^a da idea de

este elevado pilar monolítico, que solia servir de monumento fúnebre.



FIG. 5.^a—Peulvan ó Menhir.

— Se llama *cromlech* al conjunto de piedras menhir, agrupadas en círculo. El *lichaven* está formado por dos menhirs aproximados y soportando una tercer piedra horizontalmente, á manera de puerta.

(Se concluirá.)

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

7 de Febrero de 1876.



LA CURIOSIDAD.

La curiosidad es indudablemente una de las condiciones que mejor caracterizan á la niñez.

La infantil inteligencia, despertando sin cesar á nuevos órdenes de ideas, traduce en preguntas innumerables un deseo que tiene explicacion muy natural.

Luce la claridad del dia, y el niño pregunta:

«¿Por qué sale el sol?»

Llega la luna, y pregunta: «¿Qué es la luna?»

Y á cada nuevo fenómeno atmosférico, á cada novedad que le atrae y le fascina, el niño multiplica sus preguntas, poniendo en más de un compromiso á sus padres y mayores.

«¿Por qué llueve?»

«¿Por qué hay tormenta?»

«¿Por qué hace calor unas veces y otras frio?»

Poco respetuosos para los sublimes misterios de la religion, quieren que á la idea de Dios se agreguen otras muchas de tiempo y lugar, y no satisfechos con las lentas nociones que de las cosas van recibiendo, anhelan dominar en un instante todas las ciencias, todas las artes, todos los misterios y todos los conocimientos humanos.

No conciben que la naturaleza tropiece en límites que encierran sus aspiraciones, y quisieran abrazar con su imaginacion el tiempo y el espa-

cio, poder pasearse por el pasado, dominar el presente en absoluto y poder romper el velo del porvenir.

He dicho que la curiosidad en la niñez es muy natural, y debo añadir ahora que para satisfacerla cumplidamente nada hay tan oportuno como los libros. Ellos, solamente ellos podrán iros dando cumplida respuesta á todas ó á la mayor parte de vuestras dudas.

El Catecismo y la Sagrada Historia os marcarán cuáles son las nociones que facilita la Iglesia para el conocimiento de la Divinidad; la Gramática os dará reglas para que ajustéis vuestro lenguaje á lo que debe ser y no á lo que en vuestro primeros años habeis querido que sea; la Geografía astronómica os señalará el sistema planetario y la razon de muchos fenómenos atmosféricos; la Geografía política os indicará las divisiones de la humanidad en sus diferentes razas y pueblos. Más tarde conoceréis la Economía política, reguladora del trabajo universal; sabréis por la Historia los gloriosos hechos de los que han sido vuestros ascendientes y las conquistas con que los grandes hombres dotaron á la humanidad; conoceréis la organizacion de las naciones y el fundamento social y empezareis á explicaros las diversas profesiones de los hombres.

Tal vez creais ahora que confor-

me vayais adquiriendo estos conocimientos iréis cansando vuestra inteligencia y se apagará en vuestra alma el deseo de conocer nuevas cosas.....

¡Cuánto os equivocais! El hombre está aprendiendo siempre, y la noción que hoy adquiere le hace desear otra y otras para mañana. Comprende que la instrucción es un manantial inagotable; pero que despierta en vez de apagar la sed.

De aquí se desprende que es imposible satisfacer en absoluto la curiosidad y que, aun cuando parezca una contradicción, cuanto más se sabe más se ignora.

Cuentan de un sabio, que servía á un príncipe, que consultado por uno de los cortesanos; respecto á no sé qué punto, contestó sin vacilación que lo ignoraba.

—El Rey,—le dijo su interlocutor algo amostazado,—os paga para que lo sepais.

—El Rey,—contestó el sabio,—me paga por lo poco que sé: si á pagarme fuera por lo que ignoro, todos los tesoros del mundo no serian bastantes.

La curiosidad, cuyo objeto es instruirse en las ciencias, en las letras

ó en las artes, es una facultad eminentemente intelectual y que enaltece al hombre: cualquier otra curiosidad convierte á una persona en inoportuna y á veces en ridícula. Que nunca tengais semejante curiosidad, ni os caracterice el afán de averiguar noticias y penetrar los secretos ajenos.

La curiosidad, disculpable en los niños, llega á ser patrimonio de los tontos cuando no se aplica bien: por eso se ha dicho que eleva cuando se dirige á las cosas y empequeñece cuando se limita á las personas.

La curiosidad mal aplicada es tan perjudicial que por ella perdimos el Paraíso, y segun la mitología pagana, fué causa de que Pandora abriese la funesta caja que encerraba todos los males, que por esta circunstancia se diseminaron por la tierra.

Quedamos, pues, en que si es lícita la curiosidad aplicada á la instrucción, es hasta repugnante en otros casos, y que si merece plácemes el niño que pregunta á sus libros lo que saber desea, sólo consigue la general censura el que mira por el ojo de una llave ó escucha detras de las puertas.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LABORES AGRÍCOLAS DEL MES DE FEBRERO.

El labrador generalmente previsor debe facilitar por todos los medios los trabajos del campo, cuidando para ello los caminos próximos á sus tierras. El invierno con sus es-

carchas, sus hielos y sus lluvias estropea los senderos y los caminos vecinales, y aunque los ayuntamientos tienen el deber de reparar dichos desperfectos, todos los habitantes de

una localidad deben, por interes propio, cuidar tambien de la conservacion de los caminos. De no hacerlo así, al llegar el buen tiempo las yuntas y carros se estropean, los animales se fatigan y las operaciones todas se retrasan. ¡Cuánto tiempo no se malgasta retirando una rueda del hoyo profundo que han abierto las lluvias! El labrador que entiende su verdadera conveniencia, desmonta las elevaciones inútiles, rellena los fosos y facilita la corriente de las aguas que pudieran inundar los caminos. Al ocuparse en esto, durante el mes de Febrero, economiza tiempo que le será precioso algunas semanas más tarde y mira por la conservacion de sus bestias de labor.

En este mes se ocupa tambien el agricultor en la operacion delicada del amugronado, que consiste en tender y cubrir de tierra, en parte, las ramas ó sarmientos de las cepas. Nuevas raíces brotan de lo recubierto por la tierra y pronto se obtienen tiernas cepas que se separan de la madre.

No son estos los últimos trabajos de Febrero, pues el labrador, que tanto ha de sembrar en Marzo, necesita escoger perfectamente sus simientes. Habiendo observado que las habichuelas sembradas en este mes son las más productivas, siembra habichuelas, para lo cual elige una tierra fuerte y arcillosa. Este cultivo, con la mencionada preparacion, cons-

tituye una preparacion excelente para el trigo, con tal de que el campo de habas haya sido cuidadosamente arado y limpio, quitándole sus malas hierbas. Las habas se siembran en líneas espaciadas de sesenta á setenta y cinco centímetros, y nunca á granel, por ser más productivo aquel método. Bastan dos hectólitros de simiente por hectárea; ocho á diez granos en cada 32 centímetros. En los terrenos ligeros, cálidos y arenosos siembra asimismo adormideras: éstas se arrojan al vuelo, en cantidad de dos á tres kilogramos por hectárea. En seguida se cubre la simiente con la vuelta del rastrillo, ó paseando un hato de espinos, y mejor aún haciendo pasar por la tierra un rebaño de ovejas, cuyas patas apilan la tierra. Hay dos variedades de adormideras: una de cápsula abierta y otra cerrada, á la que se llama vulgarmente *ciega*.

En una palabra, el agricultor no debe perder momento en el invierno: cava su huerto, forma los caminos y abona sus cuadros; quita á los árboles las ramas muertas y las orugas. Deja que las raíces de los árboles se cubran de musgo ó líquenes que no pueden dañarlos, á pesar de lo generalizado de esta creencia, y por si pudieran suponer la enfermedad de la planta, busca y corrige la causa verdadera, y cuando esto le es imposible, la arranca para reemplazarla con otra.

TH. LEBRUM.

EL REGALO DE LOS REYES.

I.

— ¿Qué nos traerán los Reyes este año?
Le pregunta á su hermana Rosalía
El niño Arturo.

— Acaso una muñeca.
— Ó un tambor...
— Ó confites.
— Ó rosquillas.
— Ó nada.

— Nada, no: siempre que vienen
Nos regalan. ¿No tienes todavía
La muñeca del año que ha pasado?

— ¡Qué! ¿La muñeca? Se rompió en seguida.

— ¿Y el costurero?

— Si: mamá lo guarda:
Viendo que nunca coso...

— Yo hace días
Sueño con un tambor y un Nacimiento.

— Yo con una muñeca de las finas,
Que abra y cierre los ojos.

— Ya anochece...

— Oye, oye los borrachos cómo chillan.

— Van á esperar los Reyes con cencerros
Y una escalera y luces...

— Yo daría

Cualquier cosa...

— ¿Por qué?



— Por no acostarme.

— ¿Y para qué? Los Reyes siempre atinan
Con nuestra casa, viendo en los balcones,
Como todos los años, las botitas.

— Vamos pronto á buscarlas...

— Ya las traigo.

— Yo aquí en este rincón pongo las mias.

— Y yo en el otro lado.

— Así sabremos

Cuál merece á los Reyes más estima.

Y acercándose el padre, que ha escuchado
La plática del niño y de la niña,

— Ya podeis acostaros, dice á entrambos,
Pues con la nieve están muy mal las líneas
Y es fácil que los Reyes tarden mucho.

Si llegan, al mirar vuestras botitas
Os dejarán en ellas lo que traigan;

Pero sabed que es tanta su justicia,
Que si premian el mérito del bueno,
También burlan al malo y le castigan.

II.

— ¡Arturo!

— ¡Qué!

— Ya creo que amanece.
 — Aun falta mucho para ser de día.
 — No, que papá y mamá se levantaron...
 Vamos á ver qué tienen las botitas.
 Terrible desencanto sufre á poco,
 Cuando el balcon abrieron, Rosalía:
 En el rincon de Arturo un Nacimiento,
 Un tambor y no pocas golosinas.
 En el suyo, y metido en una bota,

Un plumerito nada más habia.
 Rompe á llorar entónces, y los padres,
 Acudiendo á los gritos de la niña,
 Sin extrañar los dones de los Reyes,
 La leccion de los mismos utilizan.
 — Ya ves, dice la madre cariñosa,
 Cómo ha ocurrido lo que yo decia:
 A Arturo, que se aplica, le han premiado,
 Y al darte á tí un plumero significan



Que debes trabajar, ser hacendosa
 Y no pasar jugando noche y día.
 Y es fama que los Reyes á otro año,
 Viendo el cambio completo de la niña,
 Una hermosa muñeca le dejaron,
 Que lloraba, al tocarle la barriga,

Con vestido de raso y botas altas,
 Armada de abanico y de mantilla,
 Y con unos colores en la cara,
 Que tanta robustez causaba envidia.

OSSORIO Y BERNARD.



TRADICION.

I.

¡Cuán dolorosa es á veces la lógica de ciertos refranes! ¡Qué amargura encierran sus frases, dictadas, no ya por los argumentos sofísticos de la confusa ciencia, sino por la inflexible verdad, principal estudio humano, cuyas deducciones quedan marcadas para siempre con caracteres indelebles.

Existe una locucion, que el trascurso de los años ha venido á atestiguar, y cuyo fondo revela una filosofía tan triste como verdadera:

Hé aquí el proverbio á que me refiero: *Un padre es para cien hijos y un hijo no es para un padre.*

¿Puede darse una sentencia más dolorosa, ni que, por desgracia, sea más cierta?

¡Cuántos ejemplos se ven y han visto en que los padres se han sacrificado gustosos por todos sus hijos, y en cambio uno de éstos, desoyendo el sentimiento filial, no ha sido capaz de atestiguar con actos de verdadera abnegacion el santo cariño que es debido á los padres.

Hechas estas ligeras consideraciones, paso á referir mi cuento.

II.

Juan era un jóven tan honrado como trabajador, y en su oficio de car-

pintero tenía fama de excelente oficial, por cuya razon le apreciaba y distinguia su maestro, sin que jamas le faltase trabajo. Frisaba apénas en los treinta años, si bien representaba muchos más, porque las penas y las privaciones tienen el triste privilegio de convertir la más lozana juventud en una vejez prematura.

Juan hacía diez años que estaba casado con una virtuosa jóven, modelo de esposas y de madres, y Dios bendijo esta union concediéndoles cuatro hermosos hijos, premio de su acendrado amor, en el trascurso de los diez años que estaban reunidos.

En los primeros de su matrimonio vivian los esposos con desahogo, porque ademas de que Juan ganaba doble jornal, sólo tenían dos hijos, y ni la más ligera nube empañaba su felicidad. Pero las revueltas políticas, que conmueven todas las capas sociales, vinieron tambien á alterar la venturosa situacion de nuestro obrero, y sus ganancias se redujeron á la mitad. No paró aquí su desgracia.

Se dice vulgarmente que Dios aumenta un pan más por cada hijo que se tiene; pero esto no es cierto en absoluto, por más que relativamente pueda aceptarse.

Con efecto, al poco tiempo de disminuirse el jornal de Juan, se aumentó la familia con otros dos hijos, y la situacion de los honrados espo-

sos se hizo más apurada, porque crecieron las necesidades, siendo los mismos recursos. Juan, sin embargo, se resignaba, sufría y trabajaba con ardor, con la idea fija en su buena esposa y sus inocentes hijos que tan pronto empezaban á sentir privaciones.

Pero Dios quería, sin duda, probar su fe, su virtud, y otra nueva angustia vino á llenar el cáliz de amargura que hacía tiempo estaban apurando Juan y su mujer.

III.

El anciano padre de Juan, llamado Pablo, hacía algun tiempo que se encontraba enfermo, y como los obreros no pueden hacer economías porque apenas ganan para comer, sucedió que el pobre hombre á poco de su enfermedad se vió rodeado de la más espantosa miseria.

Comprendiendo la situación de su hijo procuró ocultarle su estado y las privaciones que pasaba; pero Juan era un buen hijo y lo adivinó todo, resolviendo que su padre se trasladara á su casa donde los cuidados de su esposa y sus niños consolarían, sin duda, al desgraciado anciano.

Así se efectuó, y la familia de Juan se aumentó con su padre, que, con sus padecimientos, hizo crecer considerablemente los gastos, creciendo, por tanto, la angustia de la familia.

¡Y el pobre Juan sufría y se resignaba!

IV.

Todo en el mundo tiene su límite. El placer llega á hastiarnos, y hay momentos en que no osa comunicar á nuestros labios ni la más leve sonrisa.

El dolor ó mata nuestro cuerpo ó nuestra alma, y en este caso, al matar nuestros sentimientos, nos convierte en insensibles.

La situación de Juan había llegado ya á su límite.

El pan que daba á su padre se lo quitaba á sus hijos.

Y sus hijos tenían hambre.

Y sus hijos enfermaban.

La enfermedad que padecían era horrible.

Se llama miseria.

Juan perdió su valor; tuvo miedo.

Miedo por sus hijos.

Contempló la desnudez de éstos y el temor le dejó helado de espanto. Comprendía el frío que pasaban sus tiernos hijos.

Juan se volvía loco.

Quería matarse, pero Dios que en medio de todo velaba por la salvación de su alma, le opuso un obstáculo insuperable.

Sus hijos:

Aquella situación era horrible.

Un día concibió una idea respecto á su padre, pero la rechazó indignado de sí mismo.

Sin embargo, la idea persistió en su mente, y á medida que aumentaba la miseria, aquélla era más consistente y tenaz.

Tuvo una lucha terrible con su corazón, y al cabo, después de una noche de triste meditación, después de una noche de silencioso llanto, triunfó la idea, es decir, triunfaron sus hijos.

Es la ley natural.

V.

Al día siguiente, Juan fué á hablar á su padre que seguía enfermo.

Llegó al miserable lecho del anciano, y con la voz trémula, el corazón palpitante y los ojos preñados de lágrimas, le dijo:

—¡Padre mio! yo no puedo más.

—¿Qué te pasa, querido Juan?....

—Perdon, padre, perdon, pero no hay más remedio; mis hijos se mueren de hambre, y es preciso que hoy mismo os lleve.....

—¿Llevarme? ¿adónde?... exclamó el padre, presintiendo lo que encerraban de amargo las palabras de su hijo.

—Padre mio... fuerza es llevaros... al hospital.

El desgraciado anciano no exhaló ni la más leve queja; fijó los ojos en el cielo, y por sus mejillas pálidas y descarnadas corrieron dos gruesas lágrimas.

Se levantó del pobre lecho con la prontitud que su enfermedad y los años le permitían, y aparentando una serenidad que contrastaba con la angustia de su corazón, le dijo á Juan:

—¡Vamos! y se apoyó en el brazo de su hijo.

A Juan le ahogaban las lágrimas

y no podía ni articular una palabra.

Ambos salieron de la casa, con el alma presa del más agudo dolor.

VI.

Con paso lento, el semblante triste, los ojos bañados por el llanto y guardando el más solemne silencio, marchaban padre é hijo camino del hospital.

De vez en cuando tenían necesidad de pararse, porque el anciano, fatigado por el mal, apenas podía alentar. Al fin se encontraron cerca del «Asilo de Dios.»

VII.

La emoción de ambos era inmensa. En todo el tránsito no habían proferido una palabra.

El anciano quiso descansar un momento y su hijo le llevó á un banco de piedra, donde el pobre viejo se dejó caer desfallecido.

De pronto un triste recuerdo acudió á su mente, y un suspiro lleno de amargura se exhaló de su alma.

—¡Valor, padre mio; confiad en Dios! le dijo Juan comprendiendo su pena.

—Lo tengo, Juan, lo tengo, pero un recuerdo ha destrozado más mi corazón.

—¿Un recuerdo?

—Sí, un recuerdo doloroso; y fijando en Juan una mirada llena de angustia, exclamó:

—¡En este sitio, hijo mio, hace treinta años, descansó también mi

padre, que yo llevé al hospital!!

¡Haga el cielo que tus hijos á tí no te lleven, Juan!!... Y apoyando su cabeza en el pecho de su hijo prorumpió en un amargo llanto.

.

La revelacion del anciano operó una reaccion en los sentimientos de Juan.

Profundo dolor se apoderó de su alma, y un mundo de ideas cruzó por su imaginacion con vertiginosa rapidez, dando forma á fantásticas apariciones, á cuál de ellas más aterradoras y crueles, que le presentaban á él mismo, enfermo y miserable, conducido al Hospital por sus queridos hijos.

Juan quedó un momento helado de espanto.

Pero de pronto, sacudiendo aquella especie de letargo que le habia anonadado, abrazó á su padre, levantándolo con prontitud del asiento, y, arrastrándolo con frenesí en direccion opuesta al hospital.

— Venid, venid, padre mio, le decia con el acento embargado por el llanto, y como huyendo aterrorizado de aquellos sitios.

— Volvamos, volvamos á casa, padre mio, que no quiero que mis hijos

amarguen mi ancianidad, llevándome como yo os llevaba á morir á un hospital. Perdon, padre mio, perdon.

Si para sustentaros no alcanza mi jornal, pediré una limosna á las buenas almas, y Dios nos protegerá como protege á los seres que se entregan en los brazos de la caridad.

El pobre viejo lloraba, pero era de júbilo. Abrió los brazos á su hijo y sus lágrimas se confundieron como sus corazones.

.

El alma de Juan se inundó de felicidad; felicidad suprema que Dios concede sólo á los hijos que en aras de un santo cariño hácia sus padres, hacen sacrificios, comparables tan sólo á los que una desvalida madre hace por sus desamparados hijos.

Es una ley sagrada que los bienes se recogen siempre por aquellos cuyos nobles sentimientos les inducen á practicar las buenas obras.

Jesus ha dicho: lo que hagas con los demas, eso mismo harán contigo.

Por eso la humanidad debia, sólo por egoismo, practicar el bien, porque es la vida, es la felicidad.

RICARDO SOLANS.



¡POBRE NIÑO!

I.

Creo que llaman á mi puerta, y quiero abrir: tal vez acuda á mi casa álguien que auxilio y proteccion me pida; alguno que necesite proteccion y socorro.

En efecto: otra vez veo agitarse el cordon de la campanilla; otra vez oigo su metálico, su vibrante són que hiere mis oidos.

¿Quién podrá llamar?

Voy á verlo yo mismo; yo quiero abrir mi puerta.

He abierto, y un niño casi desnudo, de notable belleza, se presenta á mis ojos: sus piés están descalzos, su cuerpo desnudo; su voz imperceptible llega á mí cual dulce súplica, cual canto angelical.

Y hace frio intenso, y el niño sólo tiene ligeros vestidos, de sencilla tela: el pobrecillo tiene hambre y me pide pan.

¡Pan solamente!

Con voz cariñosa, con acento tierno le dirijo mi palabra: quiero saber por qué le veo así tan miserable, tan abandonado.

Es muy pequeñito, y apenas sabe darse cuenta de mis palabras: sólo sabe decirme que muy de mañana, cuando sus ojos se abrieron á la luz del dia, despues del sueño, del largo

sueño de la noche anterior, su madre le llevó hasta la calle, y allí, cuando él lloraba por el frio que agitaba sus piernas en temblor continuado, su madre, hasta entónces siempre amante y cuidadosa, le dijo terribles palabras que él recuerda perfectamente.

— Hoy no hay pan, hijo mio, nuestros recursos están agotados: busca, pues, de puerta en puerta tu sustento, que Dios no abandona jamas á la inocencia, á los niños que sufren hambre, que alimento no tienen.

Y despues de estas palabras, él abandonó su miserable casa aquella mañana, y habia andado todo el dia de puerta en puerta, pidiendo una limosnita por el amor de Dios. ¡Pobre niño!

Tan pequeño y tan desgraciado, me recuerda mi hija, mi hija del alma, que acude á ver al niño, al *nene* como ella le llama.

Mi hija, apenas pudiendo articular las palabras, ve al niño, al desvalido infante; ella lleva en su mano sabrosa galleta, que en vez de pan su buena madre ha querido darle; él, el pobrecillo, alarga la suya, donde quisiera recibir sólo pan, aunque un pedazo fuera no más.

¡Terrible contraste!

Los niños se entienden en su ino-

cencia: ellos se aman todos, ellos son todos hermanos. Cuando su tierno corazón apenas se abre al sentimiento, ellos parecen comprenderse, como si un lazo poderoso hubiera de atraerlos fuertemente.

¡Dichosos ellos!

Sus dolores son transitorios: veloces desaparecen, si á aparecer llegaron: no comprenden más que el inocente placer de sus caprichos, más inocentes aún.

Ellos son los únicos felices, los que en verdad gozan de notable ventura.

¿He dicho felices?

¡Ah! no todos lo son: no lo es, no, el pobre, el desgraciado niño que tengo ante mis ojos, que con voz suplicante me pide le dé pan: mi hija parece estática á su vista; le mira sin cesar, como si comprender quisiera qué es lo que quiere aquel su compañero, que á mí eleva sus súplicas fervientes, sus expresivas súplicas.

— Vé, hija mia, le dije, el pobre niño tiene hambre; me pide pan.

— ¿Pan? exclama la niña.

— Pan, sí, hija mia: tiene hambre el pobrecito.

— Toma pan, dice mi pequeña hija al desvalido mendigo; toma pan, *nene*.

¡Hija del alma!

Ella le llama *nene*, alargándole su manecita y presentándole la galleta: éste es su pan, el pan que come al mediodía cuando siente hambre, y hoy lo da al pobre niño.

¿Y qué hace éste?

Se acerca á tomarlo, sí: parece

que tiene miedo: creerá tal vez que yo temo se acerque á mi niña.

— No temas, hijo mio, toma la dulce galleta que mi hija te ofrece: la pobrecita no tiene otra cosa que presentarte.

Pero no, yo me engaño; tiene otra cosa que darte, sí; ella te da un beso, y otro y otro.

Acércate, pobre, desgraciado niño; recibe el beso cariñoso de mi hija, recibe también de mis labios un ósculo de amor.

Yo sé que esto no te basta; yo sé que necesitas comer alguna cosa: ahora entra con mi niña, y comerás con ella, que hoy partirá contigo sus manjares. Dios llamaba aquí en la tierra los niños á su lado; él será, sin duda, el que hoy te trae al lado de mi hija.

Esta te quiere, ¿no lo ves?

Quiere darte otro beso: ve en los tuyos sus cabellos de oro; en tus ojos sus ojitos de cielo: ella te socorre hoy y te protege: te ha dado su pan y sus besos; no tiene la pobrecita otra cosa que dar.

II.

Ya la noche nos ha envuelto en profundas tinieblas; ya mi hija duerme en su tranquilo sueño, en la dulce ilusión de sus dos años, de su temprana edad.

Parece que dormida ya, sonríe, como si ensueño feliz ocupara su mente: tal vez se acuerde del pobre niño á quien dió sus besos de ángel, su sabrosa galleta.

¿Será así?

El pobre niño se separó de ella para continuar su desgraciada suerte, su penosa tarea: tal vez no tenga cama donde halle descanso su cuerpo, sus miembros abrigo.

¡Pobrecito!

Entre tanto, mi hija tiene mullida cama, comfortable abrigo, amor de sus padres que velan por ella: el pobre mendigo tal vez no tenga más que el seno de su madre, donde reposo hallar, donde encontrar descanso.

Voy á salir, y si veo, por ventura, por casual circunstancia, al infeliz, al desvalido niño, habré de socorrerle con largueza, habré de darle con qué pueda comprar una manta siquiera que pueda librarle de los rigores del frio.

Lo buscaré, sí: Dios, que vela por los niños abandonados, le pondrá, sin duda, en mi camino.

(Se concluirá.)

E. THUILLIER.

Febrero 7 de 1876.

